

La primera imagen no son las palmeras de Key Biscayne, ni la arena blanca ni las papayas, sino el trayecto tortuoso hacia la isla: nuestras bolsas abarrotadas de libros y zapatos. A la mujer tras el mostrador, en el aeropuerto de Boston, no le cabía en la cabeza:

–Esto no es equipaje. Esto son bolsas, señor. Bolsas de basura.

–Es usted una magnífica observadora, *señorita*, pero déjeme que le explique: olvidamos nuestras maletas y tuvimos que meter en bolsas de basura todas las cosas. Hubo que improvisar. ¿No está mal el apaño, eh?

En la cara de la mujer se trazaba una pregunta: ¿cómo se olvidan las maletas mientras uno *hace* las maletas? Una paradoja filosófica, sin duda, digna de las clases que mi padre impartió durante aquel primer trimestre: *Philosophical Paradoxes II*. La mujer tras el mostrador no sabía –no tenía por qué saberlo– que, más allá de sus clases, esas paradojas también poblaban la vida de mi padre y, por supuesto, las nuestras, mientras estas estuvieran ligadas a la suya.

La mujer apretó un ojo, solo uno, respondiendo a alguna conexión neuronal: aunque aquel hombre le resultase incomprensible, entendió, de pronto, que unos hijos tan jóvenes no iban a cuestionar lo cuestionable. Que nosotros, fieles al hombre paradójico, éramos tres contra una y teníamos la firme intención de embarcar. Quedó muda, incapaz de reacción, y mi padre aprovechó su silencio para llenar el tiempo –para ganar tiempo– con palabras:

–Por eso lo metimos todo en estas bolsas... –repitió sonriente, apenas mirándola.

Con él siempre vivimos así: con su objetivo en mente, absurdo o no, loable o no, sin consideración por las reglas que el resto de los mortales debía interiorizar. ¿Viajar con maletas normales: por qué? Nosotros podíamos ser vagabundos si a él le apetecía, príncipes al día siguiente, nómadas otra vez, condes al despertar.

–Ah, aquí está, mire. Mi carnet de conducir.

–Es un carnet de motocicleta emitido en España, ¿usted cree que...

La mujer, cuyo ojo seguía parpadeando de incredulidad, tomó la tarjeta putrefacta. Luego nos miró a nosotros, a mi hermano y a mí, con el rostro todavía más retorcido. Pero contempló a mi padre, suprimió las preguntas y buscó la serenidad:

–Este carnet está caducado. Y además está en español.

Tras intentarlo con su antiguo carnet de conducir –por los siglos de los siglos obsoleto–, mi padre trató de franquear el acceso a Embarques con su único carnet vigente, el de profesor visitante en Boston. Había dado su última clase en el campus el día anterior.

–Profesor, se lo repito. Lo único que necesito son sus pasaportes y sus visados. Ni me sirve ni me interesa nada más. Puede guardar sus afiliaciones institucionales. Quizás esto le funcione en Europa, pero está usted en los Estados Unidos de América.

Durante meses mi padre recordó a aquella mujer, la bautizó como «la mujer del mostrador», pero hubo infinitas mujeres tras mostradores en nuestra vida; quizás, aparte de nuestra madre, no hubo ninguna mujer que no estuviera tras un mostrador. En todo caso, se estableció entre nosotros tres el pacto, o el entendimiento, de que aquella mujer «no era razonable», que era «la personificación del nuevo burócrata americano», aunque mi hermano y yo no comprendíamos esas palabras y solo las repetíamos y nos reíamos con él porque su risa era dulce y autosuficiente. No sé cómo nos dejaron embarcar. Sé que hubo llamadas a España y al consulado español en Boston, desde donde llegó un salvoconducto por fax. Mientras esto sucedía, y los funcionarios del mundo danzaban a su alrededor, mi padre nos compró galletas en la terminal. Las deglutimos como buenos hijos del hombre paradójico.

–Papá –dijo mi hermano–, cuando llegemos a Miami tenemos que buscar bien los visados. Es imposible que los hayamos perdido. Y tenemos que ir a España por Pascua.

Nuestro padre asintió y le acarició la cabeza a Nico. Era diciembre, y quién sabe dónde estaban nuestros visados y nuestras maletas, quién sabe exactamente por qué se le ocurrió a nuestro padre que nos mudáramos de Boston a Miami a medio curso escolar, y digo yo que la única explicación de que funcionasen las triquiñuelas diplomáticas, aquel día, era que se acercaba 2010 y había empezado la era Obama, en principio menos hostil con los extranjeros, menos vigilados los desplazamientos nacionales. Aquel curso, él había conseguido por primera vez nuestra custodia: nosotros aprenderíamos inglés mientras él daba clases en la universidad. Pero de pronto, cuando empezó a nevar y se acercaba diciembre, decidió que nos marcháramos de Boston después de tres meses allí, que «en Miami no haría tanto frío y lo pasaríamos mejor».

Hoy, tras un largo camino para reconstruir todos los desvíos y derrapes del hombre paradójico, me río al imaginar sus artimañas, abrazo su cuerpo mudo y no utilizo las palabras que todo lo trocean. Todo lo manchan. Le dibujo nuestra vida, nuestro crimen. Le recuerdo que, en Boston, sus juegos no jugaron con él de milagro; que en Miami, sus trucos no nos mataron por un pelo; que, de vuelta en España, sus mentiras sí nos mintieron, y que ahora empezamos a emerger de la mentira.

Hubo un aplauso generalizado cuando entramos al avión rumbo a Florida; habíamos retrasado considerablemente el despegue. ¿Miré por la ventanilla durante el vuelo? Lo dudo. Por la ventanilla miro ahora, al mundo lo miro ahora. Si cierro los ojos y una voz me pide nombrar, con palabras que trocean y manchen, qué llenaba mis días entonces, yo responderé: mi fe. Mi fe en que la imagen del

mundo que mi padre describía era equivalente al mundo; que la imagen que él tenía de sí era equivalente a sí.

No miré por la ventanilla, no, me dormí en su regazo. Me apoyé en sus pantalones llenos de escamas transparentes, piel seca que se desprendía de su frente, piel de reptil. Segura y feliz, yo, envuelta en mi reptil antiguo. Mi autosuficiencia provenía de la suya. Me dormí en aquella ilusión, engullí aquella ilusión, y de algún modo, si rememoro Key Biscayne, es porque una parte de mí añora la mentira. La fe. Lo que creemos nos protege. Lo que sabemos nos deja a la deriva.

II

Nuestros problemas comenzaron nada más aterrizar en Miami. Los pitidos de emergencia se activaron en el control de metales, y por mucho que los tres asegurásemos que sí, que nuestro padre tenía el fémur de hierro, a los guardias les parecía una invención demasiado burda.

—No, es verdad. Se lo reconstruyeron tras un accidente de moto en Barcelona —explicaba Nico al personal—. Es la pata de hierro. No lleva reloj, ni cinturón ni monedas.

Nuestro padre entraba y salía del detector, sonriente, amigable, con los bolsillos del revés, pitando cada vez, a punto de hacer una reverencia ante la estupefacción del personal de seguridad, de rostros pétreos. Parecía un truco de magia.

—Busquen, busquen bajo la ropa, pero ¡sin toqueteos, eh! No llevo nada, de veras, es la pata, ¡pero arréstenme por pirata! ¡Tatatachán!

Y el detector volvía a pitar. La cara de los guardias en Miami era parecida a la de la mujer del mostrador en Boston: perplejidad que no se burla de lo ridículo —el príncipe vagabundo, el profesor pirata—, sino que, al contrario, rumia para encontrar una solución en tiempo récord. Mi hermano hablaba civilizadamente con ellos, mientras mi padre seguía con el número circense y yo me comportaba como su principal espectadora.

—¿Cómo así que una «pata de hierro»?

Los guardias llamaron a un policía. Aquel hombre hablaba una particular variante de spanglish; Nico dijo que era cubano. Mi hermano sabía cosas: tenía curiosidad y, por tanto, información sobre el mundo, los países, las lenguas. Mi padre y yo estábamos demasiado absortos en nuestras propias invenciones, en nuestras piruetas, como para tener al mundo en alguna consideración.

—Eso es imposible, *buddy*. Si tuviese el fémur de hierro no podría caminar o flexionar —replicó el policía, que más bien parecía un modelo. Tenía una mano apoyada en el arma.

—No es de hierro, eso es un decir. Es de aluminio. Y por eso pita —dijo Nico.

—No se detecta el aluminio. Se detectan los metales, *buddy*.

—¡Pues es de metal!

—En los rayos X no se ve ningún tipo de *metal*.

Según lo que yo recuerdo, estaban malentendiéndose por la diferencia entre las palabras *metal*, *steel* y *aluminium*. La conversación no avanzaba. La cola tras nosotros crecía.

—En Boston no ha pitado —dijo mi padre—. Mire, hay un conductor esperándonos ahí fuera, no podemos retrasarnos. Muy amables: esto les pertenece.

De pronto, hizo aparecer unos billetes en la palma de su mano. La cantidad era obscena, una cifra inverosímil, pero con mi padre me pasa siempre lo mismo: cuando quiero narrar la realidad que viví con él, las reglas de la ficción hacen el pino, y no colocarle esos billetes en la mano sería mentir, ocultar lo que de veras sucedió, aunque parezca increíble. Así fue: hundió un billete en la mano del policía, un gesto elegante. ¿De dónde salía semejante fajo? ¿Era posible que lo llevase en el bolsillo, sin más, o preparado en la manga, como un as, todos los días, listo el mago para el soborno?

En lugar de guardar el dinero y dejarnos ir —tal como los tres pensamos que sucedería—, el policía se mantuvo inerte. Agarró la mano obscena de mi padre. La retorció sin apenas esfuerzo, inmovilizándolo. Le pidió que estuviese quieto si no quería hacerse daño «usted solito». Dos policías más llegaron a paso rápido.

—Le voy a pedir al papá de ustedes —dijo uno de ellos— que nos acompañe. Seguro no tardamos. Quédense ahí con su mamá.

Señaló a una mujer blanca, rubia como nosotros, con aspecto de madre. Ella percibió que estábamos solos y entró, supongo, en aquel rol. Al recordar este episodio, mi hermano dice que él me vio «llorar hacia dentro». Fue el primero de varios llantos interiores que ahora, en retrospectiva, considero bajo un mismo tipo: solo los adultos lloran cuando saben, los niños lloran por no saber. Por eso digo que no sé exactamente qué sucedió durante aquellos meses, aunque la pregunta sigue siendo otra: por qué importaría más mi conocimiento presente que mi ignorancia pasada. El policía cumplió su promesa y nos devolvió a nuestro padre a los pocos minutos. Mientras se acercaban, él ya esgrimía su mueca de falso criminal. Nos escoltaron al exterior de la terminal.

—So, *where is he?* ¿dónde está el conductor?

Que nos esperaba un conductor era otra invención suya. Durante el curso que pasamos con él en Estados Unidos —primero en el norte, y de pronto, ahora, en el sur— no hubo infraestructura que le ordenase la vida: rara vez conseguía conductores o empleadas del hogar, él que no estaba acostumbrado a conducir o a cocinar en España. Me gustaría decir: no sé cómo sobrevivimos. Pero sé exactamente cómo.

—Sí, ahora mismo llega. Puede dejarnos solos.

El policía no nos dejó solos.

—Menudo retraso —intervine, acostumbrada a salvarlo de las invenciones que no salían como él esperaba—. ¿Y si llamamos a un taxi?

—Buena idea, *my darling*. Hagamos eso.

Los tres sonreímos como en un anuncio, fingiendo complicidad familiar. Él nunca me llamaba así, *my darling*, pero le respondí con sonrisa de *darling* porque solía convertirme en lo que él hacía de mí. En vez de adaptarse al mundo, nuestro padre adaptaba el mundo a sí mismo, y lo propio hacía con las personas que tenía a mano. En lugar de encajarse, desencajaba a su entorno para que todos nos ade-

cuásemos a su idea, por inusitada que fuese; y no aceptaba, en el fondo, nada que él no hubiese diseñado. Tenía el temperamento de un artista, y en poco se diferencia el artista del emperador: cómo va a creer que la lógica del mundo real impera cuando suele imperar su voluntad, cuando su mundo *es* su voluntad, cuando, durante decenios, ha prevalecido su deseo, su diseño, hasta que su maqueta se ha impuesto a la geografía natural, hasta que su pintura ha sustituido al paisaje.

En Florida se tambaleó por primera vez su realidad convertida en maqueta, junto con nosotros, sus hijos convertidos en personajes. De camino a la ciudad, nada podría habernos prevenido; nada en la naturaleza ni en el clima. La tierra siempre avisa antes del terremoto, de la erupción, pero su modo de avisar es la ironía.

III

Lo siguiente que recuerdo es una caseta desvencijada. El letrero decía CAR RENTAL. Mi hermano dormía a mi lado, en el taxi, y la música que salía de la radio comulgaba con la barbilla del taxista, que seguía el ritmo como si emergiese de sus propios huesos. Sofocados, los tres esperábamos a que mi padre volviese de la caseta. Cuando por fin lo hizo, se colocó una sonrisa. Puedo ver su paseo hacia mí, ahora. Saca su cámara y me toma una foto. Flash. Guarda la cámara y se pone ambas manos detrás de la espalda, como si ocultara un regalo, una sorpresa, y por la ventana abierta me entrega unas llaves de coche.

—¡Tatatachán!

«Tatatachán», dijo el supermán enclenque, un brazo al frente, poseedor por fin del coche alquilado que sería testigo de nuestros primeros meses en la isla.

Al fin, Rocinante surcó el paraíso. Rocinante: el nombre que, más adelante, nuestro padre le dio al coche. El paraíso: promesa de felicidad infinita, de belleza atemporal y excesiva. Yo la había experimentado, con extrañeza, nada más alejarnos del aeropuerto, pero vi que nuestro padre solo se entregaba a ella ahora que ningún policía nos seguía con la mirada.

El shock caliente nos engulló a los tres. La ola acuática que envolvía y elevaba a la ciudad: el sol, como la humedad, no se veían en ningún punto del cielo porque todo era sol, todo era húmedo. En Miami, nada parecía sostenerse a nivel terrestre, pero tampoco a nivel submarino. Los cuerpos humanos y animales flotaban en una esfera intermedia, siempre tibia hasta que ya no.

—¿Nadie se sienta delante conmigo? ¡Hijos traidores!

Arrancamos y pusimos rumbo a la isla donde, según nos había dicho él, viviríamos. Nico se despertó cuando aceleramos. Me agarró la mano. Ambos, casi mellizos, miramos por la ventana como si no viéramos una ciudad sino una película: nunca habíamos estado en un lugar así, purpurante y decadente a la vez. Atravesamos Little Havana, nos desviamos hacia Coral Gables y cruzamos Coconut Grove, cada vez más cerca del puente que unía la ciudad con la isla de Key Biscayne. Aquellos barrios conformaban el centro urbano, cuya expresión extrema estaba en Calle Ocho: incongruente, americana, cubana y ficcional. Lo supimos instintivamente: aquel sitio parecía más un escenario que un lugar. No es que tuviese una apariencia «falsa», sino que lo aparente tenía el mismo tono que lo real.

El coche, pegajoso, parecía sudar. Descubrí que de un compartimento rebosaban CD. Coloqué el primero y entonces la excitación me sumió en su vorágine. Una guitarra eléctrica. Una voz eléctrica también, femenina:

*I'm a bitch, I'm a lover,
I'm a child, I'm a mother,
I'm a sinner, I'm a saint,
I do not feel ashamed.
I'm your hell, I'm your dream,
I'm nothing in between...*

—Quita eso, haz el favor. ¿No hay música clásica?

—Esta me la enseñó una de tus novias.

—Pero ¿qué novias? —dijo nuestro padre, buscándome en el retrovisor—. Ya no tengo edad. ¿Y creéis que tengo tiempo? Si me paso el día con vosotros, ¡vosotros sois mis novias!

En Boston sabíamos que algunas noches nuestro padre se veía con una mujer, pero no estábamos seguros de cuál: si la casera, en cuyo chalet familiar habíamos pasado Thanksgiving, o una de sus alumnas, una alta y pelirroja. Yo optaba por la alumna, pero la teoría de mi hermano era que a Miami nos fuimos para estar lo más lejos posible de la casera, que se había obsesionado con nuestro padre y quería convertirse en madre de nuestra familia de apariencia monoparental.

—Además, creedme, nada de novias. Un hombre como yo solo puede tener *amigas*.

Nico puso los ojos en blanco y continuó pegado a la ventana. Yo estaba estirada como una jirafa, rodillas detrás y tronco hacia delante, graduando el volumen de la música. Nadie llevaba cinturón.

—¡Quietos!

Cuando nuestro padre alzaba la voz, y en su timbre no había resquicio de burla o humor, significaba que había peligro.

—Os voy a pedir que os agarréis.

Yo, jirafa, en un flash imaginé lo peor, visualicé mi cuerpo machacado, el cuerpo de Nico convertido en bicho bola, la jirafa y el bicho bola muertos, el padre doblado por las cuatro extremidades, todo lo vi y nada pasó.

—Está *hablando* —dijo.

—¿Quién está hablando?

—El coche.

—¿Qué?

—¡Silencio! Por favor. El coche está hablando. ¿Qué es *eso*?

Frenó en seco.

–Es el GPS –dijo Nico–. Lo puse antes de arrancar con la dirección exacta. Nos está llevando a la isla.

Habíamos parado en una cuneta del puente, una extraña carretera sobre el mar que conectaba Miami con dos de las islas: Key Virginia y Key Biscayne. Atravesábamos el mar a una altura de vértigo, la bahía Vizcaína a lado y lado. Tras nosotros quedaba la península y, en la costa, rascacielos derruidos o novísimos. Ahora, al acercarnos a las islas, solo se veían mansiones a pie de playa.

–A ver –dijo Nico–. Esto de aquí se llama GPS. Básicamente nos indica cómo llegar al destino que escribamos *aquí*. –Puso un dedo en la pantalla táctil y mi padre abrió los ojos como si viera a la Virgen–. ¿Ves? He escrito «8 Ocean Lane Drive, Condominium 4, Key Biscayne, Miami, FL». Y cuando le das a aceptar, *aquí*, te dice en alto las direcciones.

Mi padre se lo quedó mirando. Aquello no era un aparato, decían sus ojos, era una aparición.

–¿Y cómo detecta por dónde nos movemos?

–Funciona por satélite. Igual que las líneas de teléfono.

–¿Y por qué tiene voz de mujer?

–Porque suena más fiable que la de hombre, supongo.

Mi padre se contorsionó. Al reírse se doblaba por la mitad como un folio.

–¿Cómo pretendías moverte por Miami?

–Con los mapas.

–¡El mapa! Gran invento de la época mesopotámica –dijo Nico–. En el siglo veintiuno, este aparato te lleva a los sitios. ¿Has entendido cómo funciona?

Nico y yo nos miramos, conscientes de nuestra posición precaria en la cuneta del puente, a nuestro alrededor coches atravesándolo a toda velocidad. Algo más nos dijimos y reanudamos la ruta. Pero era cierto, y tal vez fue entonces cuando me di cuenta por primera vez: nos separaban de nuestro padre varias generaciones, aunque nunca reparásemos en ello; habíamos nacido casi a sus sesenta, y ahora, a sus setenta y pico, se aferraba a nosotros como quien succiona todo el jugo de una papaya antes de terminarse el festín.

A él lo invadió la emoción –lo sé, lo vi– en aquel momento, justo cuando volvimos a arrancar. Todos la experimentamos durante aquellos meses, pero nos llegó a ritmos y por motivos distintos. Compartimos el año en Key Biscayne, pero no vivimos exactamente lo mismo; cada uno recuerda a su manera los hechos, y no es la manera en que quiere, sino en que puede.

El móvil de nuestro padre empezó a sonar. Miró quién llamaba y colgó. Se concentró en retomar nuestra travesía. Él llevaba días rechazando las llamadas de nuestra madre y nosotros llevábamos días fingiendo no darnos cuenta. Quizás la pregunta no es si los hijos llegan a conocer, algún día, a sus padres, sino si los padres llegan, algún día, a imaginarse lo que perciben y guardan para siempre sus hijos.